



EL HORMIGUERO Psicoanálisis ◊ Infancia/s y Adolescencia/s

IMPACTO SUBJETIVO DE LA EMOCIONALIDAD ARTIFICIAL (E.A.)

MIGUEL TOLLO

migueltollo@yahoo.com.ar

IMPACTO SUBJETIVO DE LA EMOCIONALIDAD ARTIFICIAL (E.A.)

Resumen

El trabajo se propone pensar los efectos de la manipulación emocional de nuestros tiempos promovida a través de las redes y el gobierno de los algoritmos. Al mismo tiempo evidenciar las consecuencias de una subjetividad que pierde su capacidad de construir experiencia y elaborar lo vivido, tanto en su vertiente singular como plural.

Palabras clave

Emocionalidad artificial; emoción algorítmica; experiencia; capacidad de simbolización; colectivo social; discurso capitalista.

Abstract

Subjective impact of artificial emotionality

The paper propose to think about the effect of emotional manipulation in present times promoted through the web and the empire of algorithm. It also highlights the consequences of a subjectivity that loses the capability of building experience and elaborating experiences, both individual as in plural terms.

Key words

Artificial emotionality; algorithmic emotion; experience; symbolization capability; social collective; capitalist discourse.

Reseña curricular

Psicólogo. Psicoanalista. Especializado en clínica con niños, niñas y adolescentes y en temas de Salud Mental Pública. Docente universitario (UNCAUS). Presidente del Forum Infancias CABA. Autor de diversas publicaciones.

La experiencia emocional

Nos viene preocupando, no sin razón, el impacto de la inteligencia artificial en las subjetividades. Sin embargo, creo que la clave del éxito de la difusión masiva estriba en su llegada desde lo discursivo a lo emocional, a tal punto que parece gobernar las subjetividades que, como barcas sin timón se mueven en un mar de emociones de acuerdo a las consignas del mundo digital.

¿Podríamos definir la problemática en términos de la producción artificial de emociones?
¿Qué implica esto?

En principio, tiene que ver con la producción, simulación o modulación de afectos preponderantemente mediante sistemas informáticos (IA, algoritmos, interfaces digitales). Un modelo de expresión emocional estandarizada, predecible o programada. Esto deriva en la desvinculación entre afecto, cuerpo y experiencia subjetiva, reemplazada por respuestas funcionales o performativas.

Lola López Mondéjar nos va a hablar del “vaciamiento de nuestro mundo interno, a una incapacidad creciente para transformar lo que nos acontece en una experiencia subjetiva, propia, comunicable...” (López Modejar, L. 2024)

Entonces, ¿estaríamos hablando de una resonancia afectiva sin sujeto? ¿Qué estatuto tiene una emoción que no emerge de la historia pulsional ni del conflicto psíquico?

Según Juan Aguada Terrón se produce un desenclave de la experiencia subjetiva cuyo resultado “apunta hacia una homogeneización descontextualizada de los marcos experienciales a través de los cuales los individuos interpretamos nuestras identidades particulares y colectivas” (Aguada Terrón, J.M. 2018)

La actual etapa brutalista del neoliberalismo (Mbembe, A. 2020) genera una subjetividad marcada por la desinscripción simbólica, la soledad ontológica, los afectos depresivos y

destructivos, la imposibilidad de sostener el deseo, la disolución del Ideal del yo y la relación con el cuerpo y la pulsión sin mediación.

Esta subjetividad no alojada en el campo del Otro representa el efecto extremo de una lógica que disuelve la posibilidad misma del lazo. El sujeto queda suspendido entre la ausencia del Estado y la indiferencia del mercado.

Achille Mbembe describe de qué manera ciertas vidas son gestionadas como desechables: una necropolítica que designa zonas enteras donde la vida vale menos o directamente no vale. (Mbembe, A. 2003) La nuda vida diría Agambem.

Ocurre pues que lo vivido por el sujeto se instala en una pura actualidad atiborrada de datos e información, aunque desprovista de la experiencia del presente a nivel subjetivo e intersubjetivo. Hablar del presente implica, desde mi punto de vista, que dicha categoría se encuentra siempre conjugada con el pasado y el futuro, tendiendo una temporalidad que es constitutiva de nuestro mundo interno y de las narrativas tanto del Yo como del Nosotros de la historia colectiva. A diferencia de lo que llamamos actualidad que se refiere a eventos, tendencias o situaciones que ocurren en el momento y que se ve como decíamos plagada de información provista por las redes y medios de comunicación, que le es imposible procesar, convertir en experiencia personal y elaborar a nivel subjetivo.

Determina la atrofia subjetiva a la que se refiere López Mondejar que supone una declinación en la capacidad de experimentar, es decir el modo singular en que un sujeto vive, siente, padece, interpreta, se implica y narra los acontecimientos de su vida junto a las narrativas colectivas.

Explorando la manipulación emocional

La idea neorromántica de darle al afecto viso de autenticidad subjetiva constituye un obstáculo para evidenciar la manipulación que produce la emocionalidad artificial.

Cabe pensar que el afecto no es espontáneo y articula con determinantes psíquicos tanto como con la discursividad social. Por tanto, puede ser inducido y producido lo que abre las puertas a pensarlo fabricado por dispositivos discursivos reforzados por los medios digitales. De ahí que podríamos hablar de emociones algorítmicas.

Se pierde la capacidad de simbolizar la emoción y esto es clave para pensar la IA emocional como delegación de la experiencia emocional a máquinas.

La manipulación de las emociones no es algo novedoso. Desde los efectos de masa hasta la publicidad, hay muchos ejemplos de ello.

Un recurso interesante de observar ha sido el de las risas en las comedias televisivas que data de muy tempranas producciones en vivo. El historiador de la televisión Ben Glenn señala que la prehistoria de las llamadas risas enlatadas o grabadas se remonta al menos a quinientos años ya que había “plantas” de audiencia en las multitudes en las actuaciones de Shakespeare en el siglo XVI donde se estimulaba las reacciones del público, incluidas las risas y los aplausos, así como las burlas. A mediados del siglo XX con la aparición de la TV se incluyó el efecto de la risa o los aplausos grabados para influir en la respuesta del público. (SACKS, M. 2010)

Podríamos suponer que esta manipulación de la audiencia, la inducción de estados emocionales provoca un desfase entre lo verdaderamente experimentado por el espectador y la reacción anímica artificialmente provocada.

Decimos emoción artificial dando por hecho la existencia de una emoción “natural”, que hace referencia a una expresión genuina o auténtica en contraposición a lo simulado, impostado o falso. Sin embargo, la emoción sugerida y surgida desde el efecto masa, las risas enlatadas o la

publicidad, tiene lugar en el sujeto (¿sin el sujeto?), aunque podríamos aseverar que este se ha visto alienado a un parámetro de comportamiento ajeno, externo.

La emocionalidad ¿individual o colectiva?

Sin perjuicio de sostener la tramitación psíquica de lo emocional, parte del enfoque intenta comprender la articulación con lo relacional y lo colectivo.

En sus textos *La Política Cultural de las emociones*, Sara Ahmed plantea que las emociones no deben ser comprendidas como estados psicológicos individuales, sino como prácticas sociales que producen efectos en el espacio público. (Ahmed, S. 2018)

Ahmed critica la idea de que las emociones residan “dentro” del sujeto, como si fueran propiedades internas. En cambio, propone pensarlas como efectos de superficie que se generan en el contacto entre cuerpos y objetos.

Una emoción no está simplemente “en” alguien, sino que se produce en el encuentro: por ejemplo, el miedo frente a un grupo de migrantes no expresa un sentimiento interior, sino que se fabrica socialmente en el contacto (real o imaginado) entre un “nosotros” y un “ellos”.

Los afectos circulan en la sociedad: se transmiten a través de discursos, imágenes, narrativas y prácticas. En esa circulación, ciertos cuerpos u objetos quedan cargados de emociones específicas. Por ejemplo, el “terrorista” se asocia con el miedo, el “refugiado” con la amenaza, la “madre” con el amor y el cuidado. Esa carga afectiva no es neutra: distribuye lugares, jerarquías y exclusiones.

Ahmed dice: “Las emociones funcionan para ‘apegar’ a los individuos a comunidades; la emoción no simplemente se mueve, sino que también se adhiere” (2004, p. 119).

Por momentos pareciera entonces que le hemos desviado a la emoción su vertiente singular, subjetiva. Sin embargo, esto ocurre porque nos hemos acostumbrado a pensar el psiquismo como un producto individual cuando en realidad lo discursivo hace trama siempre en

el sujeto, y este si bien puede ser parte activa en la elaboración de sus experiencias no puede deshilarlas de ese entramado discursivo.

“El que solo se ríe, de sus picardías se acuerda” podría desmentir esto último. Sin embargo, las picardías devuelven un contexto social al despertar de la risa.

Las emociones configuran comunidades afectivas: los colectivos no se forman sólo por intereses racionales, sino por la adhesión emocional a ciertos objetos o figuras.

Para Ahmed, las emociones son tecnologías políticas: producen inclusiones y exclusiones, definen qué vidas importan y cuáles no. En esa clave, la circulación afectiva no es un proceso inocente, sino que mantiene el orden social o bien lo disputa.

En sus palabras: “El amor, el odio y el miedo no sólo se experimentan como sentimientos personales, sino que juegan un papel crucial en la construcción de la nación, de la comunidad y del otro” (2004, p. 13).

Podría acordar con lo planteado por Ahmed, pero desde mi punto de vista si bien ninguna experiencia singular puede escindirse totalmente de una discursividad social, hay un aspecto que hace a cómo se trama la vivido actual con la historia y el inconciente de cada sujeto, a como se representa el sujeto la relación con lo otro y cuál es la narrativa que transforma en experiencia personal lo vivido.

Así ocurre con lo traumático. Como hecho, supone un estímulo externo, pero como experiencia requiere considerar el modo singular en el que cada quien lo padece y lo tramita. Pero la vivencia traumática singular también necesita del modo colectivo de procesamiento. En diversas situaciones traumáticas vividas en la Argentina (Terrorismo de Estado, Malvinas, Amia, 2001, Pandemia, etc.) las personas necesitaron de la elaboración colectiva que en menor o mayor medida pudo aportar sus construcciones simbólicas del trauma común al trauma personal.

Un intento de disciplinamiento emocional

“La escuela actual corre el riesgo de convertirse en un espacio de clasificación de conductas y emociones, en lugar de un lugar de lectura del sufrimiento”
(UNTOIGLICH, 2012, p. 32).

En los últimos años, la llamada educación emocional se ha ido instalando en las políticas educativas y sanitarias como una estrategia de promoción del bienestar psíquico. Bajo el supuesto de que las emociones pueden enseñarse, regularse y evaluarse, este paradigma tiende a reducir la complejidad de la experiencia subjetiva a un conjunto de competencias afectivas mensurables. Desde diversas disciplinas y perspectivas vinculadas con las infancias evaluamos críticamente las implicancias de este dispositivo y sus efectos sobre la constitución subjetiva de niños, niñas y adolescentes.

El auge de la *educación emocional* se inscribe en un contexto de políticas educativas que promueven la autorregulación como ideal subjetivo y adaptativo. Se espera que los sujetos sean capaces de gestionar sus emociones, controlar sus impulsos y mantener una actitud positiva frente a la adversidad. Este mandato de autocontrol afectivo se legitima mediante un lenguaje aparentemente técnico y neutro.

Se produce un desplazamiento fundamental: el afecto ya no remite a la conflictiva pulsional, sino a un estado que debe ser optimizado, corregido o replicado.

Al pretender enseñar a “manejar las emociones” se desconoce que el sujeto no es dueño absoluto de sus afectos. El ideal de transparencia emocional y autocontrol borra la dimensión

profunda, singular y compleja de lo psíquico sustituyéndola por un modelo de sujeto performativo y ajustado a las demandas externas.

Silvia Bleichmar (Bleichmar, S. 2006) advertía que las pedagogías centradas en la “inteligencia emocional” promueven un tipo de evaluación moral del niño, donde lo que se mide no es su capacidad de pensar o crear, sino su grado de conformidad a un ideal afectivo normativo.

Desde la salud mental comunitaria, esta lógica se vincula con los procesos de medicalización y psicologización de la vida cotidiana. Tal como sostiene Ana María Fernández (Fernández, A.M. 2009), el malestar subjetivo se individualiza y se desvincula de las condiciones históricas y sociales que lo producen. Así, el sufrimiento infantil o adolescente —manifestado en la tristeza, la apatía o la agresividad— se convierte en un problema de “mala gestión emocional”, desplazando la pregunta por las condiciones de existencia que lo generan.

Franco Berardi (2019) plantea que la cultura contemporánea exige sujetos emocionalmente productivos, capaces de sostener la auto explotación sin desmoronarse. En ese sentido, la *educación emocional* funciona como un dispositivo biopolítico que internaliza la responsabilidad por el propio malestar, promoviendo un sujeto autoajustado, resiliente y emocionalmente eficiente.

Frente a esta tendencia adaptativa muchos integrantes del campo de la Salud Mental, abocados al trabajo con niños, niñas y adolescentes, desde diferentes disciplinas sostenemos una ética diferente: la de alojar el malestar como vía de subjetivación. En lugar de enseñar a controlar las emociones, se trata de generar espacios donde niños, niñas y adolescentes puedan poner en palabras lo que sienten, lo que no entienden, lo que los angustia.

Una educación verdaderamente subjetivante no busca normalizar las expresiones del malestar, sino abrir un tiempo y un lugar para que esas expresiones sean escuchadas. La escucha

implica reconocer que el sufrimiento no siempre tiene solución inmediata, pero sí puede ser compartido, pensado y elaborado colectivamente.

Como afirma Suely Rolnik (2018), toda experiencia de desborde o desacomodamiento puede ser también una potencia de creación, siempre que encuentre un otro dispuesto a alojarla.

Conclusiones

Entonces, vemos cómo desde la manipulación algorítmica, pasando por la publicidad o los disciplinamientos normativos (educativos, terapéuticos, etc.) pueden producirse afectos sin inscripción subjetiva, emociones que no organizan experiencia ni conflicto, estados afectivos “listos para usar”. Esto se articula directamente con la emocionalidad artificial como afectividad sin proceso psíquico.

Desde el psicoanálisis con niños advertimos ya hace tiempo la prescripción indiscriminada de etiquetas diagnósticas con las que se digita la vida emocional y se obtura la vía de elaboración subjetiva de lo vivido.

Además, las infancias se encuentran hiperestimuladas por los medios lo que deriva en un exceso emocional que ancla en una acumulación tóxica o se descarga sin rumbo eficiente.

En el Seminario XVII, Lacan plantea que: no todo discurso produce sujeto. En particular, el discurso capitalista se caracteriza por su tendencia a eliminar la mediación simbólica, prometer satisfacción directa, sustituir la falta por objetos de consumo.

La emocionalidad artificial coherente con el discurso capitalista contribuye al borramiento del sujeto al sustituir la experiencia subjetiva por la gestión técnica del malestar. “Necesito que me des unos tips para superar este momento” me reclamaba angustiado un paciente recientemente separado de su pareja. Los padres a veces suponen que las TCC brindaran recursos para la resolución de los desafíos de la vida cotidiana. Y efectivamente encontramos niños y niñas cuyos

comportamientos han sido moldeados en patrones estandarizados según las exigencias de normalidad del medio.

En este contexto, el sujeto ya no aparece como dividido, sino como usuario, consumidor o portador de necesidades emocionales.

El afecto, en el discurso capitalista, deja de ser una vía de acceso a la verdad del sujeto para convertirse en un dato cuantificable, un indicador de rendimiento, un objetivo de intervención técnica.

La emocionalidad artificial intensifica este movimiento al ofrecer emociones listas para consumir, despojadas de ambigüedad, falta y tiempo de elaboración.

El resultado es una subjetividad caracterizada por la saturación afectiva, el empobrecimiento simbólico, la dificultad para la experiencia del conflicto, para el intercambio con otros y la inserción libidinizante en el colectivo social. Una subjetividad más dispuesta al vínculo con objetos de consumo que con otros. Esto agravado por el deterioro del lazo social que en otros tiempos representaba un sostén para el sujeto.

Apostar a lo colectivo en salud mental lejos de masificar o anular lo singular, implica resistir a la captura de la subjetividad por los imperativos del control y eficiencia emocional que se establecen desde los algoritmos. Se trata de un problema que excede lo individual y requiere aunar esfuerzos y reflexiones en común.

Referencias

Aguada Terrón, J.M. (2018) Razón y palabra: La globalización de los marcos experienciales en la construcción de imaginarios socioculturales. *Primera Revista Electrónica en América Latina Especializada en Comunicación* N° 27 – 2018. Disponible en <http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n27/jaguado.html>

Ahmed, S. (2018) *La Política Cultural de las emociones*. Universidad Nacional Autónoma de México.

Berardi, F. (2019) *Fenomenología del fin: sensibilidad y mutación conectiva*. Buenos Aires. Caja Negra.

Bleichmar, S. (2005). *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires. Topía.

Bleichmar, S. (2006). Paradojas de la sexualidad masculina: el hijo del goce. Paidós.

Fernández, A. M. (2009). La política en el cuerpo: subjetividad y género entre el feminismo y el psicoanálisis. Buenos Aires. Paidós.

Lacan, J. (1969–1970). *El seminario, Libro XVII: El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires. Paidós.

López Modejar, L. (202 vcc 4) *Sin relato. Atrofia de la capacidad narrativa y crisis de la subjetividad*. Buenos Aires. Anagrama.

Martínez Ruíz, R. (2024) *Trauma o en busca de la agencia perdida. Escucha y subversión*. Buenos Aires. Akal. Pensamiento crítico.

Mbembe, A. (2020) *Brutalismo* Buenos Aires. Paidós. Estado y Sociedad.

- Rolnik, S. (2018). *Esferas de la insurrección. Apuntes para descolonizar el inconsciente*. Buenos Aires. Tinta Limón.
- Sacks, M. (2010) Risa enlatada: una historia reconstruida – Una entrevista con Ben Glenn II, historiador de la televisión. Originalmente apareció en *ParisReview.com*, 20 de julio de 2010 Disponible en <https://www.mikesacks.com/canned-laughter-a-history-reconstructed-an-interview-with-ben-glenn-ii-television-historian/>
- Tollo, M. (2021) El malestar en la ¿cultura? o el desestar en el neoliberalismo. Revista *El Psicoanalítico*.
- Tollo, M. (2021) Infancias: Instituidos, Destitución y Acontecimiento Publicado en la Revista Virtual EL HORMIGUERO Psicoanálisis ◇ Infancia/s y Adolescencia/s 5ta. Edición
- Tollo +, M. (2023). Entrevista a Alicia Stolkiner la hospitalidad: una alteridad fundamental que surge de hacerse vulnerable a la pregunta del otro. En *Intercambio Psicoanalítico*, 14(2), 127–133. <https://doi.org/10.60139/InterPsic/14.2.11/>
- Tollo, M. (2025) El sujeto abandonado emergente de la lógica brutalista. Transformaciones del orden social y la subjetividad en el capitalismo contemporáneo. Publicado en *El Sigma* <https://www.elsigma.com/> – julio de 2025
- UNTOIGLICH, Gisela (2012) *Versiones actuales del sufrimiento infantil — Una investigación psicoanalítica de la desatención y la hiperactividad*. Buenos Aires. Editorial Noveduc.